

TRAS LO COTIDIANO

Había sido un día muy caluroso, eran cerca las ocho de la tarde y en la calle había una gran sorna, legado de la alta temperatura que habíamos llegado a tener hasta hace unas horas. Llevaba todo el día en casa encerrado y estaba realmente aburrido, encendía el televisor y lo volvía a apagar ni se sabe las veces, y lo mismo con la radio. Nada me entretenía, por eso decidí arriesgarme a pasar un poco de calor, salir de mi casa a despabilarme un poco. Baje las escaleras medio enmohecido, no tenía ni idea de que hacer, simplemente salir a dar una vuelta y a ver.

A lo que me acercaba al patio de entrada vi como el sol de la calle lo inundaba, por lo que me cale literalmente las gafas de sol, tome aire en un “que sea lo que Dios quiera” y salí con paso decidido al exterior. En un primer momento la bofetada de calor fue tremenda, se me corto por unas décimas de segundo la respiración, al instante mismo en que una gota de sudor surgió de mi frente y como si en una piscina estuviese se lanzó al vacío que lo volatilizó antes de llegar al suelo .

Recobrado el aliento y ,tras pedir perdón al Altísimo por un juramento no pronunciado, mire a mi alrededor para ver si alguna dirección me inspiraba a seguirla. El calor, a pesar de la hora, era todavía abrumador, de tal manera, que creí ver incluso a unas hormigas andar de puntillas por pisar lo indispensable el ardiente suelo. Al fin decidí acercarme a la plazoleta que estaba un poco mas debajo de mi calle, era una plaza pequeña con una zona de recreo infantil, lo que vienen a ser dos columpios desvencijados; y zona verde, dos chopos a cuyo rededor no crece la hierba. Eso si los dos bares que hay, uno a cada lado, son la mar de majos, con sus pequeñas terracitas, en las que cuando cae la tarde, y empieza ese deambular de la gente de un lado para otro, se sienta uno tranquilamente, con su café o su copa, y en la indiferencia que conlleva el desconocimiento observas a aquellos que pasan ante ti, ese desfile privado de lo cotidiano servido para tu disfrute y entretenimiento.

Una vez llegue, me senté en una mesa recogidita en la que hacia un rato daba la sombra, se estaba medianamente bien, me acomodé estirándome un poco en la silla, hasta encontrar esa posición cómoda de la que no cantearme hasta pasado un buen rato. Escogida la postura, y fiel a extrañas costumbres que nunca sabré cuando he adquirido, comencé a distribuir los distintos elementos que completaran mi acomodo. El servilletero a mi diestra, un hueco ante mi para cuando tenga la consumición y el paquete de tabaco, con el mechero siempre encima, a su lado. El cenicero quedara siempre cerca del paquete de tabaco y situado a una distancia de mi mano, igual o inferior que lo que me mida el brazo; no vaya a ser que si queda un poco más lejos, me tenga que incorporar un poco y me de un tirón las lumbares, hay que ser precavido. Noté, a lo que me iba a quitar las gafas de sol que se acercaba el camarero, lo que llevó que girase la cabeza y percatarme de que el camarero era la hija del dueño, una chavala de veintipocos años , melena rubia, alta y, aunque algo delgada, poseedora de dos grandes ... actitudes para el servicio. Siendo ella la que me iba a atender, era momento de marcar ese estilo que tengo tan solo yo, y otros tantos chulescos como “er menda”. Espero relajado, se pone a mi lado (ojo,

detalle importante, a mi lado, no delante; y luego dicen que no las traigo locas, lo que se hacen las estrechas y luego se quejan de que se tienen que ir con otros mas altos , guapos y con mas dinero estando yo ahí, siempre dispuesto),y me pregunta que deseo (anda que no sabe la pájara esta lo que quiero).

Levanto un poco la cabeza, me quito las gafas rascando patilla, la miro fijamente y luego también a sus ojos y le pido una cerveza fresquita y le guiñé un ojo en plan coquetón. En seguida note que la tenía en el bote y que la cara de asco que me puso era una estrategia suya para hacerse la interesante, cosa que se le daba muy bien pues me trajo la cerveza otro camarero y ella ya no se acercó en todo el rato. Jugaba demasiado fuerte esta niña, así corre el riesgo de quedar soltera o lo que es peor, con otro que no soy yo; pobrecita, otro día le mostraré otra señal para que no crea que a perdido su oportunidad.

Recobrada la compostura, y también la postura, me deje llevar por el deambular de las personas de las que antes hablaba. Mi padre, al que le encantaban las terrazas, bromeando solía decía: “ ... lo más curioso de estar sentado en una de estas terrazas, mirar a las personas que ante ti pasan y comprobar las caras tan difíciles que pueden tener algunos.”

Fuera bromas, aunque en serio que lo decía, por alguna razón resulta curioso ver a la gente, su aspecto, sus movimientos, su comportamiento, e incluso imaginar su historia, pues todos tenemos una historia, otra cosa que se pueda o no contar, que sea sencilla o llena de anécdotas, pero historias al fin y al cabo.

Esas “batallitas” que te cuentan a todo color y lujo de detalles son fantásticas, te ríes, te sorprenden, ... te entretienen. Pero las historias de personas anónimas, singulares, normales, aquellas que pasas por alto por ser precisamente eso... normales. Como podemos comprender que por ser normales carezcan de interés alguno, cuando por ser normales puede ser la historia de un buen amigo, pariente, o tu propia historia. Me fije en dos ancianos apurando los últimos rayos de un sol que ya se retira, sentados en un banco, bastón en mano y hablando entre ellos animosamente. Hasta el momento la escena es normal, se da todos los días, en todos los sitios en todo el mundo, ¿excesivamente normal?. Que interés puede haber en la memoria viva de una guerra civil, en la miseria y hambruna que esta conlleva. En el dolor de la perdida de seres queridos en el combate, en la venganza; los prisioneros, los exiliados, que muchos no regresarían. La normalidad de las historias de guerra, de enfrentamientos entre hermanos, entre padres e hijos, historias de gestas y miserias, de muchas valentías, de una gran cobardía. Las mismas historias normales que tu abuelo contó a tu padre y luego a ti, mientras te tenía sobre sus rodillas, con los ojos abiertos como platos a la que una y otra vez repetías insistente “... y luego ¿Qué paso?” al tiempo que al pobre hombre le temblaba el ceño, y una lagrima recorría su tez curtida por los duros años vividos, trabajando duramente desde niño en los campos de un hacendado, lagrima de admiración por tu curiosidad y desparpajo, lagrima por la herida en el alma de un tiempo que ...¿pasó?.

Historias normales desde luego, pero no faltas de interés.

Se puede seguir mirando a la gente, buscando historias, imaginándolas. Al lado de uno de los columpios veo como una joven chica de unos dieciséis años, poco mas o menos, juega a balancear a un pequeño niño de unos tres años. ¿Cuál será su historia? Lo sencillo es pensar en que esta jugando con su hermano pequeño, pero demos rienda a la

imaginación, dando por buena esta observación ¿donde están los padres? Tenemos a dos menores en que la mayor se tiene que hacer cargo del pequeño y a lo mejor del hogar, de la compra cuando no esta en el instituto, pues sus dos padres trabajan fuera de casa, o incluso podemos imaginar que el que trabaja es uno de los padres al menos, pues el otro podría haber fallecido en un accidente o por una grave enfermedad, o los podría haber abandonado dejándolos desamparados a su suerte.

Todo esto es factible, es real. Como real podría ser que no fuese su hermana sino su madre. ¿Por donde empezar a imaginar siendo tantas las opciones?, ¿de que hilo tirar para desenredar la madeja?.

Una madre adolescente, soltera, ¿su novio?... se desentendió totalmente de la historia al saber que era padre, un crío acobardado que no supo enfrentarse como hombre a lo que como tal hizo en una noche de desinhibición. O tal vez si que apechugó, tuvo que dejar de estudiar y empezar a trabajar para atender a su nueva familia, los padres de ambos ayudan como buenamente pueden pero no resulta suficiente, empleos precarios con sueldos anémicos, para costear un pequeño piso en el hasta las cucarachas se dan de empujones para andar por el pasillo, los pañales, biberones, ropita que al peque le duran cuatro días porque esta en desarrollo constante. ¿Quién sabe?.

Historias anónimas, reales, tragedias humanas y cotidianas. También alegrías y regocijo, ¿por que no?. Aquella chica, que paso ligero camina con paso ligero por la acera de enfrente, bien vestida, arreglada y maquillada. Aprovecha el semáforo en rojo, para sacar de un minúsculo bolso una polvera y comprobar en su espejo una ultima vez que el maquillaje esta correcto.

Una chica resuelta, con un buen empleo, quizá dependienta o secretaria, que acaba de salir hace un momento del trabajo y va al encuentro de su novio. Un joven atento y formal, con el que ya ha empezado a hacer planes de boda. El comienzo de una vida juntos, felices. Han decidido en un par de años no tener hijos, para disfrutar con libertad de su vida conjunta, pero ya después a buscar la parejita. Primero el niño, capricho de él, y, cuando ya tengo unos dos o tres años, la niña. No tienen los nombres decididos pero casi seguro, ella se llamara como su abuela materna, una gran mujer, fuerte y siempre risueña, que mimaba a su nieta tanto de pequeña como, cuando ya crecida, tonteaba con los primeros chicos.

Una tarde calurosa, con una cerveza en la mano, tiempo libre, y mirada curiosa. Una forma como otra cualquiera de pasar el rato y soñar vidas ajenas, ante el sopor que trae el aburrimiento a la tuya.

Mirar a través de al realidad el mundo, imaginar tu entorno y aprender a apreciar que tu conciudadano es tu semejante, con una vida propia como tu mismo tienes la tuya.

Conocerte a ti mismo, pensar en quienes te rodean, que vivieron y sintieron tus padres, que aconteció en tu familia, quienes son tus amigos, y por que lo son. Quien sabe si alguna persona anónima que hoy te has cruzado, en un lejano mañana entrara en tu vida. La consumición se acaba, la gente se recoge tímidamente en sus hogares, mientras otros salen a disfrutar la cercana noche menos asfixiante, o salen a trabajar. Hora de recogerme yo también, en unos minutos me habré sentado en el sillón, encenderé el televisor, cenaré y sin darme cuenta me habré olvidado de todas las personas que he visto y cuyos vivencias recreé con mi imaginación en un momento que el tedio me permitió soñar despierto, vidas reales, anónimas, normales que a nadie interesa por ser ... normales.